



EL DOMINGO DE INVIERNO

FERNANDO QUIÑONES

LO que se dice gritos hubo pocos, nada más que uno largo y agudo, histérico, y todos los demás pudieron ser contenidos por las mujeres o resueltos en moderadas exclamaciones de sobresalto, «oh», «ah»; de hombres se oyeron muchos «oy, oy» y algún «¡por Dios!». Aunque estaban muy atrás, pudo ver de refilón la sangre y también a López Llamas que como tal Caballero Hospitalario, fue uno de los tres que se llevaron para el Hospital al descalado. Había llegado hasta lo último de su pa-

ciencia y ya ni esperaba que todo aquello terminase, era peor esperarlo. Le dieron la noticia nada más levantarse, la protestó y le dijeron: «No no, Joaquinito, hijo: la diversión pero también la devoción, así que no te pongas tonto porque luego vienes con nosotros a eso, no hay más remedio». Se fue a pasear después del desayuno, saboreando bajo la capucha del impermeable el viento frío y las ráfagas de lluvia; las gaviotas graznaron toda la mañana por el gris plomo sobre la ciudad y el mar, sin que el

EL DOMINGO DE INVIERNO

vendaval las moviera apenas. Un mercante negro y largo había embarrancado con la marejada en un bajío del canal, al pie del Faro de Las Puercas, y la gente, bien abrigada, se asomaba a verlo desde las balaustradas de la Alameda o el camino del Parque; allá lejos estaba, muy visible entre el oleaje la alta y delgada chimenea, tristemente tumbado de babor.

Al volver a casa, vio el pavimento de la plaza de Las Flores lleno de programitas del circo pisoteados y mojados, y de nada le valió cuanto, ya antes del almuerzo, hizo y dijo para librarse de lo otro: «*¡Que no te pongas pesado porque vienes, ya está! Ni una palabra más o te quedas sin el circo.*»

Casi peor había sido que lo llevaran antes de aquello a la primera función del circo, a la de las cuatro y media, que lo hubieran zambullido desde el traín y las luces de la pista, desde las palmadas de las focas y los músculos de las fieras y los acróbatas y el brillo de los nombres extranjeros, en la colección de vejestorios ululantes con algunos que otros no tan viejos, y el imperioso y maullante amenazador de allá arriba, y luego, como ya Joaquín se sabía de otro año, todas aquellas idas y vueltas saliendo de la iglesia al claustro de piedra, cantando alrededor del patio e hincándose de cuando en cuando en penitencia mientras se hacía de noche casi de un golpe y encendían las velas con bastante trabajo por los arrechuchos del nortazo que se colaba al claustro. Y el orador de arriba, que ahora estaba abajo dirigiendo, pasaba muy deprisa por entre las dos hileras, «*¡vamos, vamos!*», con su voz nasal y con una cara de malhumor ensobrecido que él trataba de convertir, de algún modo, en un gesto ejemplar y penitente. Todo así.

Pero qué hacía él allí, qué pintaba allí, en vez de estar con Luis Beca y su banda en la Plaza de Mina, o explorando la costa tormentosa con Antonio Lloret, por qué lo habían metido allí otra vez; en algo tenía que refugiarse, de algo debía seguir viviendo. Todavía dentro de la iglesia, y aunque continuamente interrumpido y molestado por los irritados vocejones y las invectivas maullantes del amenazador, y por los arrodillarse y los sentarse y los levantarse, aún le era posible recordar el circo, tan reciente y ya tan lejano, como en otro mundo sustituido ahora por este al que había sido llevado a

la fuerza. Los caballos piafando empenachados, las muchachas ligeras, la vibración caliente de la orqueta, los leones como temibles y maravillosos pedazos de desierto que se arrastraran y saltaran (alguien dijo que andaban inquietos y más peligrosos por el temporal), y ahora todo aquel gangueo sin sentido, Joaquín ya sabía que sin sentido, relleno de tedio y de muerte, cómo iba a estarlo de vida eterna aquella tiniebla fría horadada de velas y de órdenes, el montón de viejos y vejeces que iban a despachar el domingo de ese modo y a ponerse un poquillo más a salvo para un poquillo más tarde, sabiendo ya que detrás de la *solemnísimaceremoniaydevotísimohomenaje* les esperaban a todos el cómodo platito de sopa de cubitos y todo de lo más cómodo y agradable y lícito posible dentro de como está la vida, que hay que ver, hay que ver, mientras al otro lado de las enormes puertas cerradas de la iglesia, por el Compás de entrada al barrio ese tan ordinario, el pueblo al viento, el pueblo desbandado, descalzo y aullante en vez de maullante por la noche de domingo arriba y abajo, pero es que no se conocieron tiempos como éstos y además menos mal, que hay que darse cuenta de la que acabamos de salir porque es que si llegan a ganar la guerra para qué te cuento, una cosa mala.

El circo, sin embargo, seguía estallando lejos, ocho o diez calles más allá, y cruzándose en él látigos y melenas, muslazos y trompetas, colores y aplausos y silencios ante el suspensivo redoble de tambor que anunciaba los grandes momentos a vida o muerte: todo lo que ahora, cuando apenas si acababa de dejarlo, andaba ya como si hubiera sido mentira, como borrado en Joaquín por la impotente, secreta indignación del cambio. «*¡Estate quieto, Joaquín!*», sentía la voz y la mano de su padre enderezándolo si se desviaba un poco de la fila devota, y también oprimiéndole un hombro si intentaba un traspies de mangüiti o volverse a decirle algo, a hablar algo, lo que fuera, mientras que al otro lado de las seculares columnas de piedra se alargaba en la sombra el patio raso, helado, inútil, «*provisto de amplia solería de mármol*», en torno del cual circulaban gangueando y cuidando de no mancharse con la cera de las velas, el patio con una arrugada hoja amarilla del diario local a vueltas con las ráfagas del ventarrón y el

malhumorado pestañeando nerviosamente y apretando el paso para dirigirlos y adelantarlos a todos una vez y otra, es un santo y es inteligentísimo, y el cerrado negror de los techos, la pena es que («¡vamos, vamos, no se paren, canten!») no se la puede bajar, que pesa mucho y éste tampoco es su día, porque si no también la tendríamos aquí entre nosotros, con nosotros (dentro de nosotros está siempre). Pero lo mismo la vamos a ver ahora otra vez, en cuanto volvamos a la iglesia, no quedarán más que tres cuartos de hora o así y no me vaya la Agustinita a quemar o a pasar el pescado, con lo bruta y lo ordinaria que es, de ese padre rojo, hija.

Joaquín trataba ahora de poblar el mármol del patio pelado y oscuro con los caballitos del circo: desde cada uno de los cuatro ángulos, cuatro ponis corrían a todo meter para juntarse en el centro del patio levantados de manos, los ocho cascos delanteros tocándose, y luego bailaban divididos en dos parejas y sacudiendo los penachos con la cabeza, nada de lo cual habían hecho en la función. Pero algo fallaba: uno de ellos se cayó por el camino y otro llegó con la cabeza como cortada por la mitad, por delante de los ojos, y otro no llegó, desapareció según corría, y en seguida el patio se quedó como antes, nada más que con la hoja del diario saltando y revoloteando en la sombra porque era imposible que allí y entre todo

aquello ocurriera algo verdaderamente vivo y no había forma ni de imaginárselo.

Ahora no cantaban; se estaba en lo más penitencial del acto de penitencia; el malhumorado repetía algo corto que Joaquín no oía bien, pero todos contestaban balando desacompasadamente, y él pensó que, junto a esto, la iglesia misma, con sus bancos y sin viento, nada más que con frío, era un lugar tan deseable como el circo, así que, cuando ante su capacidad de espera ya agotada desde el prin-



EL DOMINGO DE INVIERNO

cipio, se decidieron a regresar dentro al cabo de unas cuantas vueltas más, agradeció sentarse y la quietud, apretando las rodillas para calentárselas, aparte de que en aquel momento no hacían nada porque estaban esperando a que el malhumorado se subiera a su sitio y empezara a dar voces y a alborotar las almas con el debido orden y cada cosa a su tiempo. Por lo menos, al fondo, encima de las luces del altar mayor, si que podía ver ahora Joaquín a la equilibrista francesa caminando con los pies distorsionados de bombilla en bombilla y despidiendo, con un breve puntapié terminante precedido de una pequeña duda, a alguna bombilla que, no podía saberse por qué, le molestaba o le caía antipática, pero siempre sonriente, victoriosa, no importándole que el vendaval siguiera arreciando sobre la lona y abombándola de pronto entre chasquidos, como si un gran puño cerrado se descargara sobre ella.

—Tu pechera. Tu pechera divina y tu cara—adoró Joaquín a la equilibrista moviendo apenas los labios.

Todos habían empezado otra vez a cloquear; fue la primera una señora enorme, de negro y de pie, que estaba dos bancos más adelante y que debía sabérselo todo, y Joaquín pensó que iba a suceder algo formidable y cargado de justicia: nadie seguía a la gran canora penitente, cuyos destiempos y equivocaciones iban a ser la más rica venganza y, de rebote, un modo de que se entendiera, o de que por lo menos algunos entendieran, el ridículo aburrimiento de cuanto estaba ocurriendo allí. Pero ah, no, la vieja no había fallado, sólo se había anticipado unos segundos al cloqueo general con hartas seguridad y fe, mientras el altanero malhumorado de las alturas distribuía amplos mangazos en el aire como repartiendo el canto y aquello no parecía acabarse, bfff, no quería acabarse, no iba a acabarse («¡quieto, Joaquínito!») nunca. Aunque ahora, sí, entre la oscuridad de las bóvedas, amarilleaba para Joaquín una misteriosa mancha, una mancha arrinconada y grande; qué sería aquello: alguien, un gigante, se había orinado en aquel rincón quinientos años atrás o quién sabe si había allí muertos, panes de oro, gente escondida, y tampoco hubiera estado mal verlos a todos desde allí arriba, quizá hasta mejoraban vistos de lejos, y soplar con una cerbatana malaya sobre este o aquel bulto negro para verlo

desde lo alto doblarse y caer en completo silencio y que no se organizara el jaleo hasta el tercer o el cuarto cerbatanados, porque lo mismo podía tratarse de una reverencia o penitencia especial. Pero no: él estaba allí abajo, no agazapado e invisible en las bóvedas, y todas aquellas y todos aquellos seguían maullando lóbregamente y posternándose ante la que, en otros tiempos, había sido algo mucho mejor porque había pasado el mar antiguo muchas veces y tuvo que ver espadas en alto, lingotes al sol, verdes islas de fiebre y loros, y desembarcar a la bella hija del gobernador de La Habana o a la del de Buenos Aires o Maracaibo, con sombrilla y un séquito de negritos, y quizá hasta vio a la Jolly Rogers ondeando en el horizonte con su calavera y sus tibias sobre el penol de la vela cangreja. Así que todo aquello tampoco debía ser tan bueno incluso pensando en la homenajeadada misma, sin siquiera sacarla a la calle y manipulada para angustiosas encerronas y penitencias postguerreras cuando, según su mismo nombre popular decía, había ido y venido al sol de los galeones. Tampoco, pues, tenía por qué verse así, no fue lo suyo ni hay derecho, pensaba Joaquín, vengan quejas y amenazas y cloqueos para arriba, y todavía quedaban las peticiones finales y cualquiera sabe qué más; haz algo, si no un milagro por lo menos algo: Joaquín agitándose ya como una rata de las que cazaba con la banda en los muelles, como una rata debatiéndose y sin poder ni moverse del sitio donde la ha clavado la pedrada, cuando, de pronto, la mala suerte, la Providencia, el Cielo lo habrá querido así, entre los que pasaban fuera dando voces por el Compás y palmeando tanguillos y arrancando a manotazos de las puertas los carteles morados, entre los incienso, los gangueos, un santo y tan inteligente: el malhumorado. Quien, superándose, con mayores energía e iluminación que nunca, casi había bajado ya impetuoso la escalerilla del púlpito para seguir llevando el cotarro desde abajo y llamarlos a todos nuevamente pecadores e hijos míos, y he aquí que justo en el tercer escalón, engánchasele una sandalia, se precipita ardiente aligerito llega abajo prescindiendo del segundo y del primero, y todavía—*con más elevadafuerza espiritual y se pico que tiene*, se abrió la cabeza. ■ F.Q. Ilustraciones: Fuencisla del Amo.